

ADIÓS A LAS ARMAS

Ernest Hemingway

Adaptación de Ana Crespo

Ilustraciones de Aleix Riu



INTRODUCCIÓN

Adiós a las armas es una novela del escritor estadounidense Ernest Hemingway, publicada en 1929.

La novela ocurre en Italia durante la Primera Guerra Mundial, que tuvo lugar entre 1914 y 1918. Fue una guerra muy dura y cruel, en la que murieron millones de personas, tanto soldados como civiles. Muchos jóvenes norteamericanos lucharon como voluntarios antes de que Estados Unidos entrara oficialmente en la guerra en 1917.

El propio Hemingway viajó a Europa en 1918 para combatir en el ejército italiano contra Alemania y Austria. Durante dos meses, condujo ambulancias en el frente, hasta que fue herido en una batalla.

Mientras se recuperaba en un hospital de Milán, se enamoró de una enfermera. Esta experiencia personal le inspiró para escribir parte de la novela.

Hemingway formó parte de la llamada “generación perdida”. Este grupo estaba formado por escritores estadounidenses que vivieron la guerra y quedaron muy marcados por ella. En sus obras hablaban de la pérdida de valores, criticaban la sociedad tradicional y le buscaban un sentido a un mundo que había cambiado después del conflicto.

El protagonista de *Adiós a las armas* es Frederic, un joven soldado estadounidense que llega al frente con la ilusión de ayudar a los italianos a derrotar a Austria. Trabaja como conductor de ambulancias y allí conoce a Catherine, una enfermera inglesa. Su amor se convierte en un refugio frente al miedo y la violencia de la guerra.

Con esta historia, Hemingway nos muestra que la vida puede ser imprevisible y cruel, y el amor no siempre basta para protegernos del dolor.

Editorial La Mar de Fácil

PRIMERA PARTE

1. La guerra

Había estallado la guerra y el verano se estaba acabando.
En aquel momento, vivíamos en un pueblo italiano,
al lado de un río.
Más allá del río había una llanura con campos de cultivo
y, al fondo, se levantaban las montañas.
Allí, en las montañas, los soldados combatían.

Desde la casa, veíamos pasar a las tropas.
También pasaban mulas, camiones y tractores,
que hacían mucho ruido y lo llenaban todo de polvo.
Unos y otros transportaban soldados,
cajas de municiones y cañones.

Cuando llegó el otoño, empezó a llover.
Los castaños se quedaron sin hojas,
con las ramas desnudas
y los troncos ennegrecidos por la humedad.
La niebla cubría el río,
las nubes tapaban las montañas,
y los soldados, empapados,
tenían que abrirse paso entre el barro.

Al llegar el invierno, aquella lluvia insistente trajo el cólera¹.
Murieron 7 mil soldados.

Con el cambio de año,
nuestro ejército celebró varias victorias.
Conquistamos las montañas del fondo del valle
y avanzamos hacia el sur.
En agosto nos instalamos en Gorizia.

Gorizia es una ciudad del nordeste de Italia,
situada en la frontera con Eslovenia.
Pese a la guerra,
sus habitantes intentaban mantener la normalidad.
Había hospitales, cafés y dos prostíbulos.
Y, en las calles apartadas, estaba preparada la artillería².

La ciudad había sufrido bombardeos,
que habían destruido el puente del ferrocarril y varias casas,
y en las calles y jardines se acumulaban los escombros.

Una noche de otoño, después de cenar un plato de espaguetis,
el capitán de nuestra compañía empezó a meterse con el cura.

—Padre, hoy le he visto muy bien acompañado —dijo—.
Tendrá que presentarme a esas mujeres.

1. Enfermedad infecciosa que puede provocar la muerte.

2. Conjunto de armas de guerra que lanzan proyectiles de gran tamaño a gran distancia. Un ejemplo son los cañones.

El cura era un chico joven y tímido.
Y aunque estaba acostumbrado a las bromas del capitán,
acabó sonrojándose.

—¡Tranquilo! —exclamó el capitán—. No se ponga nervioso.
¡Que todos sabemos que los curas tienen prohibido
divertirse con mujeres!

Los hombres rieron y siguieron charlando.
Yo miré por la ventana.
Estaba nevando.

—Si el tiempo sigue así —dije—, no habrá ofensiva.
Tendremos que pasar el invierno en Gorizia.

—Pídete un permiso —me sugirió el capitán—
y vete a Roma, Nápoles o Sicilia.

El capitán miró de reojo al cura y añadió con una sonrisa:

—Si vas a Nápoles, te daré la dirección de una casa de citas³.

El cura ignoró el comentario.

—¿Por qué no visitas la región de los Abruzzos? —me dijo el cura—.
Allí vive mi familia.
Te darán alojamiento y podrás salir a cazar con mi padre.

3. Prostíbulo.

El capitán se levantó:

—Venga —me dijo—, vamos al prostíbulo antes de que cierre.

Miré al capitán y al cura.

Y, tras unos segundos de duda, también me levanté.

—Buenas noches —le dije al cura.

—Buenas noches —respondió él.

Días después, me dieron el permiso
y pasé el invierno lejos de allí.

2. Rinaldi

Cuando volví a Gorizia en primavera,
mis compañeros seguían en la misma casa.
La nieve había desaparecido
y las hojas de las vides y los árboles estaban brotando.
En la ciudad había más cañones.
Y algunos bombardeos recientes
habían destrozado más viviendas.

En la casa donde nos alojábamos, todo estaba igual.
La única diferencia era que ahora brillaba el sol y hacía calor.
Había una ambulancia aparcada fuera
y, al entrar, vi al capitán sentado a la mesa de su despacho.

Subí a la habitación que compartía con Rinaldi,
un cirujano italiano.
Todas mis cosas estaban allí:
la máscara de gas, el casco de acero, las botas y el fusil.
Rinaldi dormía, pero al oírme se despertó.

—¡Frederic! —exclamó—. ¿Cómo estás? ¿Cómo te ha ido?

—¡Muy bien! —contesté yo.

Nos estrechamos la mano y, acto seguido, nos abrazamos.

—Venga, cuéntame, ¿dónde has estado? —me preguntó.

—En todas partes —dije—. Milán, Florencia, Roma, Nápoles...

—¿Y has conocido a muchas chicas?

Sonreí.

—¿Dónde? —preguntó Rinaldi, animado—. ¿Cuál te gustó más?
¿Pasasteis la noche juntos?

Yo seguí sonriendo. Y, ante mi silencio, Rinaldi añadió:

—Aquí también hay chicas bonitas, ¿sabes?
De hecho, he conocido a una enfermera inglesa.
¡Creo que me casaré con ella!
Ya te la presentaré.

—¿Has tenido mucho trabajo?

—Congelaciones, sabañones, neumonías, gonorrea⁴...
—enumeró—, pero ningún caso grave.

Rinaldi se volvió a echar en la cama.

—Ya hablaremos más tarde —dijo—. Ahora quiero descansar,
que esta noche he quedado con mi novia.

4. Enfermedad de transmisión sexual.

Me quité la camisa, cogí una palangana y la llené de agua.
Y, mientras me lavaba,
observé la habitación y contemplé a Rinaldi.
Rinaldi tenía mi edad y, con el paso del tiempo,
nos habíamos hecho amigos.

De pronto, abrió los ojos.

—Oye, ¿me dejas 50 liras⁵? —me preguntó—.
Esta noche me gustaría invitar a Catherine,
quiero que crea que tengo dinero.

Me sequé las manos, cogí la cartera y le di el billete.
Rinaldi sonrió.

—¡Cuánto te quiero! —exclamó.

—¡Menudo cuentista! —dije yo entre risas.

5. Antes del euro, la moneda italiana era la lira.

3. Catherine

A la mañana siguiente,
me despertó el ruido de la batería⁶ del jardín de al lado.
Me levanté y me asomé a la ventana.
El sol iluminaba el cielo y la hierba estaba húmeda por el rocío.
La batería disparó dos veces y el cristal de la ventana tembló.

Me vestí, bajé a la cocina a tomarme una taza de café
y salí al patio.
Había 10 ambulancias aparcadas
y un mecánico trabajando en una de ellas.

—¿Los austríacos han bombardeado alguna vez esta batería?
—le pregunté.

—No —me contestó—. La colina la protege.

—¿Qué tal las ambulancias?

—Esta no tiene arreglo —dijo—, pero las demás todavía funcionan.

Nuestro trabajo consistía en evacuar
a los soldados heridos en el frente.
Los recogíamos en los puestos de socorro
y los trasladábamos al hospital que les correspondía.

6. Varias máquinas de artillería dispuestas para disparar.

El mecánico interrumpió su trabajo y sonrió.

—¿Has estado de permiso?

Asentí con la cabeza.

—¿Cómo ha ido? —me preguntó—. ¿Te has divertido mucho?

—Mucho —respondí.

El mecánico soltó una carcajada y siguió trabajando.

Yo cogí un coche

y me fui a inspeccionar los puestos de socorro de la montaña.

Todo estaba en orden.

Me comunicaron que nuestra compañía se estaba preparando para atacar la parte alta del río.

Y que, cuando lo hiciese,

las ambulancias tendrían que estar aparcadas cerca de la orilla.

Al volver a la casa, subí a la habitación a lavarme.

Rinaldi estaba sentado en su cama,

leyendo un libro de gramática inglesa.

Se había limpiado las botas y el pelo le brillaba.

—Qué bien que estés aquí —me dijo—,

así me acompañarás a ver a Catherine.

Me ayudarás con el inglés.

Mientras me lavaba y me peinaba,
Rinaldi abrió su baúl y sacó una botella de grapa,
un licor italiano.

—¡Brindemos! —me dijo.

Salimos de la casa.
Hacía calor, pero el sol empezaba a bajar
y la temperatura era más agradable.
El hospital británico donde trabajaba la novia de Rinaldi
estaba instalado en una casa grandiosa.
En el jardín había dos enfermeras.
Rinaldi las saludó.

—Te presento a Catherine —me dijo.

Catherine me miró y preguntó:

—Tú no eres italiano, ¿verdad?

—Soy americano —respondí.

A Catherine le sorprendió que me hubiese alistado
en el ejército italiano.
Le dije que no combatía,
que me limitaba a conducir ambulancias.

Como hablábamos en inglés, Rinaldi no nos entendía.
Y, para entretenerse, intentó entablar conversación con Helen,
la otra enfermera.

—¿Y ese bastón? —le pregunté a Catherine.

Catherine era alta y rubia.
Tenía la piel dorada y los ojos grises.
Llevaba el uniforme de enfermera
y sostenía en la mano un bastón fino de caña.

—Era de mi prometido —respondió—.
Murió el año pasado en Francia, en la batalla del Somme⁷.

—Lo siento.

Nos sentamos en un banco.
Le dije que me gustaba su pelo
y ella me contó que había estado a punto de cortárselo.

—Cuando murió mi prometido, quería hacer algo por él.
Todo me daba igual, ¿sabes?
Habría hecho cualquier cosa por salvarlo.

No respondí y nos quedamos mirando a Rinaldi y Helen.

7. La batalla del Somme de 1916 fue una de las batallas más largas y crueles de la Primera Guerra Mundial, con más de 1 millón de muertos y heridos.

